



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Más allá del pan material

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 6, 24-35 (18º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 5 de agosto de 2018)



El domingo anterior, en la escena de la multiplicación de los cinco panes y los dos peces que narra el Evangelio de San Juan, vimos a Jesús ocupándose del hambre material de cientos de hombres y mujeres. **Todo su ser se conmovió** ante el hambre de su pueblo y ante el sufrimiento de quienes por diferentes razones no tenían acceso a los bienes mínimos para vivir. Como era de esperar, su

preocupación, su compasión y su solidaridad por los últimos no quedó sin respuesta y fueron muchos los que se decidieron a seguirle y proclamarlo como su rey.

Hoy día, si alguno de los líderes mundiales de la política y la economía o de tantos hombres y mujeres que se dedican a la investigación, siguiendo el modo de proceder de Jesús, diera en la diana para crear un sistema político y económico basado en criterios de justicia y equidad, libre de los intereses mezquinos a los que nos conduce la lógica del mercado por el mercado y que estuviera totalmente ajeno a los devaneos de la corrupción, sin duda alguna, no serían pocos los que le siguieran ni pocos los que reconocieran su liderazgo.

En el texto del Evangelio de hoy Jesús nos invita a dar un salto importante, un salto desde la fe. Son muchos, desafortunadamente, los que siguen necesitando el pan material que se traduce en un empleo estable y digno, salarios justos, acceso a la salud, la vivienda, la educación, etcétera..., pero, ¡¡¡Jesús va más allá!!!

Hay un hambre que no se sacia con el pan material, con el “alimento que perece”. La humanidad tiene **hambre de algo que de sentido profundo** a su vida y que le ayude a vislumbrar un horizonte de plenitud y felicidad como resultado de la instauración de un nuevo modelo de relaciones sociales en el que el centro lo ocupe la vida humana y en el que la arquitectura social elimine las barreras que excluyen, marginan y niegan la oportunidad del disfrute de los bienes de la tierra a un elevado número de personas, pueblos y naciones.

Los hombres y las mujeres de hoy tenemos hambre de aquellos valores que nos lanzan a la aventura maravillosa de construir un futuro halagüeño para todos y de ser artesanos de un mundo nuevo que se parezca más al soñado por Dios. Para muchos, permitidme incluirme en este grupo, la tarea de rehacer el mundo, de soñarlo de nuevo sigue siendo la razón de nuestra entrega, de nuestro trabajo y de nuestros desvelos. Y nos siguen moviendo estos hondos ideales porque tenemos **hambre de vida interior, de conocer al Dios** que se hizo hombre por nosotros y que es la razón de ser de lo que somos y hacemos.

Hace varios años decía el Cardenal argentino Eduardo Pironio en su oración a Nuestra Señora de América: "... Falta el pan material en muchas casas. Falta el pan de la verdad en muchas mentes. Falta el pan del amor en muchos hombres..." Esas hambres se siguen dando y podemos anotar algunas más: falta el pan de la justicia en muchos hombres y mujeres empobrecidos como consecuencia de un modelo económico que coloca el ánimo de lucro y la estabilidad de los bancos por encima de la dignidad de las personas. Falta el pan del perdón y la reconciliación en las mentes y los corazones que siguen anclados en el odio y la venganza. Falta el pan de la paz en muchos pueblos sumidos en guerras fratricidas donde, casi siempre, la víctima es la población más vulnerable. Falta el pan de la integración para los inmigrantes que se sienten rechazados por su condición social, étnica, religiosa o cultural. Falta el pan de la libertad en las personas prisioneras de la droga y de toda clase de vicios. Falta el pan del respeto a las víctimas de la trata de personas. Falta el pan del respeto a la diversidad que nos permita evitar la marginación de cientos de personas por su orientación sexual. Falta el pan de una vida interior que haga al hombre capaz de trascender del materialismo asfixiante y anhelar otra forma de ser y estar en el mundo.

Para los creyentes el pan que sacia nuestras hambres más profundas es Jesús y, para disfrutarlo, basta con creer que Él es el enviado por el Padre, creer en su proyecto de liberación: el Reino y confiar en la fuerza transformadora del amor y la justicia. El pan que nos ofrece Jesús es fuente de vida y fortaleza para el camino.

Al terminar esta reflexión os invitaría a decir con los que seguían a Jesús hace dos mil años: "Señor, danos siempre de ese pan".